

# Veintisiete vagones de algodón

Tennessee Williams

## Personajes

Jake Meighan, propietario de una desmotadora de algodón.

Flora Meigham, su esposa.

Silva Vicarro, superintendente de la plantación del Sindicato

(La acción se desarrolla en el porche de la residencia de los Meighan, cerca de Blue Montain, Mississippi.)

## Escena

El porche de la casita de los Meighan, cerca de Blue Montain, Mississippi. El porche es estrecho y se alza rematando en un gablete estrecho. A ambos lados hay unos pilares blancos, altos y delgados que sostienen el tejado del porche, una puerta de estilo gótico y dos ventanas góticas, una a cada lado de la puerta. La puerta tiene un óvalo formado por cristales de colores, azur, carmesí, esmeralda y oro. En las ventanas se ven unas vaporosas cortinas blancas, recogidas coquetonamente en el centro con unas lazadas de raso celeste. El efecto general no es muy diferente del que haría una casa de muñecas.

## Escena primera

(Ha caído la tarde y el cielo está teñido de un leve tono rosado entre las sombras del crepúsculo. Poco después de levantarse el telón, Jake Meighan, un hombre grueso, de unos sesenta años, sale agachándose por la puerta con una lata de petróleo y dobla a toda prisa la esquina de la casa. Un perro le ladra. Se oye arrancar un automóvil que se aleja rápidamente. Un momento después Flora llama desde el interior de la casa.)

FLORA: ¡Jake! ¡He perdido mi bolsillo blanco de cabritilla! *(Más cerca de la puerta.)* ¿Jake? ¡Mira a ver si lo puse en el balancín! *(Pausa.)* ¿Crees que puedo haberlo dejado en el coche? *(Llega hasta la puerta de tela metálica.)* Jake. Mira a ver si me lo dejé en el coche. ¿Jake? *(Sale al exterior, ya envuelto en sombras. Enciende la luz del porche y mira a su alrededor, espantando a los mosquitos atraídos por la luz. Sólo le responden las cigarras. Flora llama con una voz nasal, alargando las sílabas.)* ¡Jaaaaaake!  
*(Una vaca muge a lo lejos con la misma inflexión. A una distancia de media milla aproximadamente se produce una explosión apagada. Aparece un extraño resplandor centelleante, el reflejo de una llamarada. Se oyen voces*

*distantes)*

VOCES *(Chillando estridentes, cacareando como gallinas):*

¿Oíste ese ruido?

¡Sí, sonó como si hubiesen echado una bomba!

¡Oh, mira!

¡Fíjate, es un incendio!

¿Dónde? ¿Dónde dices?

¡La plantación del Sindicato!

¡Oh, Dios mío! ¡Vamos!

*(Se oye a lo lejos una sirena de incendios)*

¡Henry, pon el coche en marcha! ¿Queréis venir con nosotros?

¡Sí, vamos ahora mismo!

¡Date prisa, cariño!

*(Se oye arrancar un coche)*

¡Voy en seguida!

¡Bueno, date prisa!

VOZ *(Al otro lado de la carretera de tierra):* ¿Señora Meighan?

FLORA: ¿Sí?

VOZ: ¿No va usted al incendio?

FLORA: Quisiera, pero Jake se ha llevado el coche.

VOZ: ¡Vamos, venga con nosotros, querida!

FLORA: ¡Oh, no puedo dejar la casa abierta de par en par! Jake se ha llevado las llaves. ¿Qué es lo que se ha incendiado?

VOZ: ¡La plantación del Sindicato!

FLORA: ¿La plantación del Sindicato? *(El coche arranca y se aleja.)* ¡Oh, Dios mío! *(Sube trabajosamente al porche y se sienta en el balancín situado de cara al frente. Se dice trágicamente a sí misma.)* ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nunca! ¡Nunca!  
¡Nadie!

*(Cantan las cigarras. Se oye un coche que se acerca y se detiene a cierta distancia, a la espalda de la casa. Un momento después aparece Jake andando tranquilamente por el flanco de la casa)*

FLORA (*En un tono de enfado pueril*): ¡Muy bien!

JAKE: ¿Qué pasa, nena?

FLORA: ¡Nunca pensé que un ser humano pudiera ser tan grosero y desconsiderado!

JAKE: ¡Ah, vamos, esa es una afirmación demasiado amplia para que usted la haga, señora Meighan! ¿Cuál es la queja esta vez?

FLORA: ¡Salir de casa sin decir media palabra!

JAKE: ¿Qué hay de malo en ello?

FLORA: ¡Te dije que me amenazaba un dolor de cabeza y que tenía que tomar una Coca-Cola! No quedaba una sola botella en casa, y tú dijiste: «Sí, ponte un vestido e iremos a la ciudad ahora mismo.» Me vestí y no podía encontrar mi bolsillo blanco de cabritilla. Entonces recordé que lo había dejado en el asiento de delante del coche. Salgo aquí para cogerlo. ¿Dónde estás tú? ¡Te has ido! ¡Sin una palabra! ¡En ese momento se oye una gran explosión! ¡Tócame el corazón!

JAKE: ¿El corazón de mi nena?

(*Pone una mano en el enorme busto de ella*)

FLORA: ¡Sí, mira cómo late, golpeando como un martillo! ¿Cómo iba yo a saber lo que pasaba? ¡Tú no estabas aquí, habías desaparecido!

JAKE (*Vivamente*): ¡Cállate!

(*Le da un brusco empujón*)

FLORA: ¡Jake! ¿Por qué haces eso?

JAKE: ¿No me gusta que grites! ¡Todo lo dices gritando!

FLORA: ¿Qué te pasa?

JAKE: ¡No me pasa nada!

FLORA: Bueno, ¿Por qué te fuiste?

JAKE: ¡No me fui a ninguna parte!

FLORA: ¡Claro que te fuiste! ¿Tendrás el valor de decirme que no saliste cuando acabo de verte y oírte volver en el coche?

¿Por quién me tomas? ¿Crees que soy una imbécil?

JAKE: ¡Si no eres una imbécil, ten la boca cerrada!

FLORA: ¡No me hables así!

JAKE: Vamos dentro.

FLORA: No quiero. ¡Un egoísta y desconsiderado, eso es lo que eres! ¡Te lo dije en la cena: no hay una sola botella de Coca-Cola en la casa! Tú dijiste: «Muy bien, en cuanto terminemos de cenar iremos en el coche al supermercado y traeremos una buena provisión...» Cuando salgo de la casa...

JAKE (*Está de pie frente a ella y la coge del cuello con ambas manos*): ¡Mírame! ¡Escucha lo que voy a decirte!

FLORA: ¡Jake!

JAKE: ¡Chss! Calla y escucha, nena.

FLORA: ¡Suéltame! ¡Porras, suelta mi garganta!

JAKE: ¡Trata de concentrarte en lo que te digo!

FLORA: ¿Qué me dices?

JAKE: Yo no he salido del porche.

FLORA: ¿Qué?

JAKE: ¡No he salido del porche desde que cenamos! ¿Has comprendido?

FLORA: ¡Jake, cariño, has perdido el juicio!

JAKE: Es posible. No te importe. No tienes más que enterarte de esto y metértelo en la cabeza. Yo no he salido del porche de esta casa después de la cena.

FLORA: Pero claro que saliste. (*Él le retuerce la muñeca.*)  
¡Aaaaaay! ¡Basta, basta, basta!

JAKE: ¿Dónde he estado desde que acabamos de cenar?

FLORA: ¡Aquí, aquí, en el porche! ¡Por amor de Dios, deja de retorcerme la muñeca!

JAKE: ¿Dónde he estado?

FLORA: ¡Porche, porche! ¡Aquí!

JAKE: ¿Y qué he hecho?

FLORA: ¡Jake!

JAKE: ¿Y qué he hecho?

FLORA: ¡Suéltame! ¡Dios mío, Jake, suéltame! ¡Deja de retorcer, me romperás la muñeca!

JAKE (*Riendo entre dientes*): ¿Qué he estado haciendo? ¿Qué he hecho? ¿Desde la cena?

FLORA (*Llorando*): ¡Cómo diablos voy a saberlo!

JAKE: ¡Tienes que saberlo porque tú estabas aquí conmigo, todo el tiempo, minuto tras minuto! ¡Tú y yo, mi vida, hemos estado aquí sentados juntos en el balancín, meciéndonos arriba y abajo desde que acabamos de cenar! ¿Te lo has metido bien en la cabeza?

FLORA (*Lloriqueando*): ¡Suéltame!

JAKE: ¿Ya? ¿Lo tienes en la cabeza?

FLORA: ¡Sí, sí, sí, déjame!

JAKE: ¿Qué estuve yo haciendo, pues?

FLORA: ¡Meciéndote! ¡Por amor de Dios..., meciéndote!

*(Él la suelta. Ella lloriquea y se frota la muñeca, pero da la impresión de que la experiencia no dejó de ser placentera para ambos. Ella gime y lloriquea. Él la coge de los cabellos y le echa la cabeza hacia atrás. Le da un beso largo en la boca)*

FLORA (*Gimoteando*): ¡Mmmm-hmmmm! ¡Mmm!  
¡Mmmmm!

JAKE (*Con voz ronca*): Esta es mi niñita guapa.

FLORA: ¡Mmmmmmm! ¡Duele! ¡Duele!

JAKE: ¿Duele?

FLORA: ¡Mmmmm! ¡Duele!

JAKE: ¿Un beso?

FLORA: ¡Mmmmm!

JAKE: ¿Ya pasó?

FLORA: ¡Mmmmmmm!

JAKE: ¡Ya pasó! ¡Hazme un poco de sitio!

FLORA: ¡Demasiado calor!

JAKE: Vamos, hazme un poco de sitio.

FLORA: Mmmmmmm...

JAKE: ¿Mal genio?

FLORA: Mmmmmmmmm...

JAKE: ¿De quién es la nena? ¿La nena grande? ¿Guapa?

FLORA: ¡Mmmmmmm! ¡Duele!

JAKE: ¡Un beso!

*(Se lleva la muñeca de ella a los labios y hace como que se la come)*

FLORA (*Con una risa nerviosa*): ¡Déjame! ¡Tonto!  
¡Mmmmmmm!

JAKE: ¿Qué haría yo si fueras un gran trozo de pastel?

FLORA: Tonto.

JAKE: ¡Tragarte! ¡Tragarte!

FLORA: Oh, eres...

JAKE: ¿Qué haría yo si fueses un buen bizcocho blanco? ¿Un trozo grande de bizcocho con una buena capa de azúcar?

FLORA (*Riendo*): ¡Deja!

JAKE: ¡Comerte, comerte, comerte!

FLORA (*Dando gritos*): ¡Jake!

JAKE: ¿Eh?

FLORA: ¡Me haces cosquillas!

JAKE: Responde a una preguntita.

FLORA: ¿Qué?

JAKE: ¿Dónde he estado después de cenar?

FLORA: ¡Saliste con el coche!

*(Él inmediatamente le coge de nuevo la muñeca. Ella chilla)*

JAKE: ¿Dónde he estado después de cenar?

FLORA: ¡Porche! ¡Balancín!

JAKE: ¿Y qué he estado haciendo?

FLORA: ¡Meciéndote! ¡Oh, por Dios, Jake, suéltame!

JAKE: ¿Duele?

FLORA: Mmmmmmmmm...

JAKE: ¿Ya pasó?

FLORA (*Lloriqueando*): Mmmmmmm...

JAKE: ¿Sabes ya dónde he estado y qué he hecho desde que cenamos?

FLORA: Sí...

JAKE: ¿En caso de que alguien preguntara?  
FLORA: ¿Quién va a preguntar?  
JAKE: ¡No importa quién vaya a preguntar, tú sabes los que has de contestar! ¿Eh?  
FLORA: Sí. *(Balbuciendo como un niño.)* Aquí es donde has estado. Sentado en el balancín desde que acabamos de cenar. Meciéndote de acá para allá, de acá para allá... No saliste con el coche. *(Despacio.)* ¡Y te quedaste muy sorprendido cuando se declaró el incendio en la plantación! *(Jake le da una bofetada)* ¡Jake!  
JAKE: Todo lo que has dicho está muy bien. Pero no tengas ideas.  
FLORA: ¿Ideas?  
JAKE: Una mujer como tú no está hecha para tener ideas. ¡Está hecha para ser acariciada y estrujada!  
FLORA *(Mimosa)*: Mmmm...  
JAKE: Pero no para las ideas. Así que no tengas ideas. *(Se levanta.)* Anda, ve y sube al coche.  
FLORA: ¿Vamos a ver el incendio?  
JAKE: No. No vamos a ver ningún incendio. Vamos a la ciudad a comprar una caja de Coca-Colas porque tenemos calor y sed.  
FLORA *(Vagamente, al levantarse)*: He perdido mi bolsillo... blanco... de cabritilla...  
JAKE: Está en el asiento del coche, donde tú lo dejaste.  
FLORA: ¿Dónde vas?  
JAKE: Voy al baño. Salgo en seguida.  
*(Entra en la casa dejando que la puerta de rejilla metálica se cierre de golpe. Flora avanza arrastrando los pies hasta el borde de los escalones y se queda allí con una sonrisa boba. Empieza a bajar, dejándose caer siempre con el mismo pie, igual que un niño que estuviese aprendiendo a andar. Se detiene al final de la escalera y mira al cielo, con una mirada perdida y extasiada, los dedos cerrados suavemente en torno*

*a la magullada muñeca. Se oye cantar a Jake desde el interior)*

«Mi niña no piensa en anillos  
ni en otras cosas caras.  
Mi niña sólo piensa en mí.»<sup>1</sup>

Telón

---

<sup>1</sup> Nina Simone, “My babe just cares for me”, en *Little Girl Blue*

## Escena segunda

(Es mediodía. El cielo tiene el color de las lazadas de raso de las cortinas que adornan las ventanas, un azul translúcido, inocente. El sol reverbera sobre los llanos campos del Delta, y la puntiaguda fachada blanca de la casa es como una aguda exclamación. La desmotadora de Jake está funcionando; suena como un pulso regular a través de la carretera. Flota en el aire una delicada pelusa de algodón.)

Aparece Jake, un hombre grande, que sabe lo que quiere, con brazos como jamones cubiertos de fino bello rubio. Le sigue Silva Vicarro, que es el superintendente de la Plantación del Sindicato, donde se produjo el incendio la pasada noche. Vicarro es un hombre más bien pequeño, moreno y enjuto, de aspecto y carácter latino. Lleva pantalones de sarga, botas de cordones y una camiseta blanca. De su cuello cuelga una cadena con una medalla.)

JAKE (*Con la condescendencia bonachona de un hombre muy grande para con otro pequeño*): Pues sí, señor, tengo que decirle que es usted un tipo con suerte.

VICARRO: ¿Con suerte? ¿En qué sentido?

JAKE: ¡En el sentido de que yo puedo encargarme de un

trabajo así ahora mismo! Veintisiete vagones de algodón es una buena faena, señor Vicarro. (*Deteniéndose ante los escalones.*) ¡Nena! (*Muerde un buen pedazo de tabaco de mascar.*) ¿Cuál es su nombre pila?

VICARRO: Silva.

JAKE: ¿Cómo se escribe?

VICARRO: S-i-l-v-a

JAKE: ¡Silva! No hay mal que por bien no venga. ¿De dónde es eso? ¿De la Biblia?

VICARRO (*Sentándose en los escalones*): No. Del cuento de la «Madre Oca».

JAKE: Bueno, pues afortunadamente para usted puedo hacerlo. Si hubiese estado tan atareado como hace dos semanas hubiera tenido que decirle que no. ¡Nena! ¡Sal un momento! (*Se oye una vaga respuesta desde dentro*)

VICARRO: Tengo suerte, mucha suerte.

(*Enciende un cigarrillo. Flora abre la puerta de tela metálica y sale. Lleva puesto un vestido de seda color sandía y aprieta contra sí el bolsillo blanco de cabritilla que lleva sus iniciales en una placa niquelada*)

JAKE (*Con orgullo*): Señor Vicarro, quiero que conozca usted a la señora Meighan. Nena, este es un muchacho que está muy alicaído y quiero que tú le des ánimos. Cree que tiene mala suerte porque se le quemó su desmotadora. Tiene que desmotar veintisiete vagones de algodón para un pedido urgente de uno de sus más importantes clientes de Mobile. Yo le he dicho: Bueno, señor Vicarro, hay que felicitarle, no porque se le quemase la máquina, sino porque resulta que yo puedo encargarme del asunto. ¡Ahora dile tú que es un hombre con suerte!

FLORA (*Nerviosa*): Bueno, ya supongo que no cree que sea un suerte que se le haya quemado la desmotadora.

VICARRO (*Con acritud*): No, señora.

JAKE (*Rápidamente*): Señor Vicarro, hay quienes se casan con

una chica pequeña y delgadita. Les gusta una figura menuda. ¿Comprende? Después, cuando la chica lleva una vida cómoda y tranquila, ¿qué pasa? ¡Coge kilos, naturalmente!

FLORA (*Avergonzada*): ¡Jake!

JAKE: ¡Ahora bien! ¿Cómo reaccionan? ¿Lo aceptan como cosa normal, como una cosa que responde a las leyes de la naturaleza? ¡No! ¡No, señor, nada de eso! Empiezan a sentirse engañados. Piensan que el destino les juega una mala pasada porque la mujercita no es tan pequeña como era antes. Porque se ha convertido en una matrona. Sí, señor, esa es la causa de muchos problemas domésticos. En cambio yo, señor Vicarro, nunca cometí ese error. Cuando me enamoré de esta muñeca que ve usted aquí tenía el mismo tamaño que tiene hoy.

FLORA (*Cruzando tímidamente hasta la barandilla del pórtico*): Jake...

JAKE (*Sonriendo burlón*): ¡Una mujer no grande, sino enorme! ¡Así es como yo la quería..., enorme! Se lo dije inmediatamente, cuando le puse el anillo en el dedo, un sábado por la noche en el embarcadero de Moon Lake, le dije: ¡Cariño, si te quitas un solo kilo... te dejo! ¡Te dejo, le dije, en el momento en que me dé cuenta de que has empezado a perder peso!

FLORA: ¡Oh, Jake, por favor!

JAKE: No quiero ni tanto así menos en una mujer. No me gustan las *petites*, como dicen los franceses. ¡Esto es lo que quería... y lo que tengo! ¡Mírela, señor Vicarro! ¡Mire cómo se ruboriza!

(*Coge a Flora por el cuello y trata de hacerle volver la cabeza*)

FLORA: ¡Oh, deja, Jake! Déjame, ¿quieres?

JAKE: ¡Mire que muñeca! (*Flora se vuelve de repente y le pega con el bolsillo. Él se ríe y baja corriendo los escalones. Al llegar a la esquina de la casa se detiene volviéndose.*)  
Nena, atiende al señor Vicarro mientras yo me ocupo de esos

veintisiete vagones de algodón. La política de buena vecindad, señor Vicarro. ¡Hoy me hace usted un favor, mañana se lo hago yo a usted! ¡Nos vemos luego! ¡Hasta después, nena!

(*Se aleja con paso elástico*)

VICARRO: La política de buena vecindad.

(*Se sienta en los escalones del porche*)

FLORA (*Sentándose en el balancín*): ¡Qué descarado es!

(*Ríe como una boba y deja el bolsillo en su falda. Vicarro mira sombríamente a través de los centelleantes campos. Sus labios se contraen en un gesto como de niño enfurruñado. A lo lejos se oye el canto de un gallo*)

FLORA: Yo no me atrevería a exponerme así.

VICARRO: ¿Exponerse así? ¿A qué?

FLORA: Al sol. Me hace unas quemaduras terribles. Nunca olvidaré cómo me abrasé una vez. Fue en Moon Lake, un domingo, cunado era soltera. A mí nunca me gustó ir a pescar, pero aquel chico, uno de los Peterson, insistió en que fuéramos a pescar. Bueno, no pescó nada, pero siguió dándole a la caña, y yo allí sentada en el bote con todo aquel sol cayéndome encima. Yo le dije: ponte debajo de los sauces. Pero él no quiso hacerme caso y, claro, se me hicieron unas quemaduras tan espantosas que tuve que dormir boca abajo durante tres noches.

VICARRO (*Distraído*): ¿Qué decía? ¿Ha tenido quemaduras del sol?

FLORA: Sí. Una vez, en Moon Lake.

VICARRO: Qué fastidio. ¿Se curó del todo?

FLORA: Oh, por fin, sí.

VICARRO: Debe ser muy doloroso.

FLORA: También me caí una vez al lago. Y también iba con uno de los Peterson. En otro día de pesca. Eran una panda de locos aquellos chicos, los Peterson. Yo no solía salir con ellos, pero las cosas que pasaron me hicieron desear no haber salido nunca. Una vez, quemada del sol. Otra, casi me ahogo. Orta,

¡zumaque venenoso! Bueno, recordándolo ahora, después de todo, nos divertimos bastante, a pesar de ello.

VICARRO: La política de buena vecindad, ¿eh?  
(*Se golpea las botas con la fusta. Después se pone de pie*)

FLORA: ¿Por qué no sube usted aquí y se sienta cómodamente?

VICARRO: Hum.

FLORA: Yo no... soy muy habladora.

VICARRO (*Reparando por fin en ella*): No se moleste usted en darme conversación, señora Meighan. Soy de los que prefieren una comprensión silenciosa. (*Flora ríe, insegura.*) Una cosa que siempre me choca en ustedes, las señoras...

FLORA: ¿Qué es, señor Vicarro?

VICARRO: Siempre tienen ustedes algo en las manos..., algo a lo que agarrarse. Ahora ese bolsillo...

FLORA: ¿Mi bolsillo?

VICARRO: No tiene usted ningún motivo para tener ese bolsillo en las manos. Supongo que no teme usted que yo vaya a arrebatárselo, ¿no?

FLORA: ¡Oh, por Dios, no! ¡Claro que no!

VICARRO: Eso no sería propio de la política de buena vecindad, ¿verdad? Pero usted no suelta ese bolsillo porque le proporciona algo a lo que asirse. ¿No es así?

FLORA: Sí. Siempre me gusta tener algo en las manos.

VICARRO: Claro que sí. Piense usted en la cantidad de inseguridades que hay. Desmotadoras que se queman. El departamento de bomberos no tiene un equipo decente. Nada de protección. El sol de la tarde quema. No hay protección. Los árboles están a la espalda de la casa. No protegen. La tela de ese vestido no da protección. Por eso, ¿qué es lo que usted hace, señora Meighan? Usted coge el bolsillo blanco de cabritilla. Es sólido. Es seguro. Es positivo. Es algo a lo que se puede uno agarrar. ¿Comprende usted lo que quiero decir?

FLORA: Sí, creo que sí.

VICARRO: Le da a usted la sensación de estar vinculada a algo. ¿La madre protege al niño? ¡No, no, no...; el niño protege a la madre! De quedarse sola y vacía y no tener más que cosas sin vida en sus manos. Quizá usted piense que todo esto es un poco incoherente.

FLORA: Tendrá usted que perdonarme que no piense. Soy demasiado perezosa.

VICARRO: ¿Cómo se llama usted, señora Meighan?

FLORA: Flora.

VICARRO: Yo me llamo Silva. No es oro, sino... Silva<sup>2</sup>.

FLORA: ¿Cómo un dólar de plata?

VICARRO: No, como diez centavos de plata. Es un nombre italiano. Yo he nacido en Nueva Orleans.

FLORA: Entonces no está tostado del sol. Su color moreno es natural.

VICARRO (*Levantándose la camiseta y dejando ver el estómago*): ¡Mire!

FLORA: ¡Señor Vicarro!

VICARRO: ¡Tan moreno como el brazo!

FLORA: ¡No tiene usted que enseñarme nada! ¡Yo no soy de Missouri!

VICARRO (*Sonriendo forzadamente*): Perdóneme.

FLORA (*Ríe nerviosa*): ¡Caramba! ¡Lo siento, pero no tenemos ni una Coca-Cola en casa! Anoche pensábamos ir a comprar una caja, pero con la excitación...

VICARRO: ¿Qué excitación fue ésa?

FLORA: Oh, el incendio y todo aquello.

VICARRO (*Encendiendo un cigarrillo*): No se me hubiera ocurrido pensar que ustedes les excitara el incendio.

FLORA: Un incendio siempre es excitante. Después de un incendio los perros y las gallinas no pueden dormir. No creo que nuestras gallinas durmieran en toda la noche.

---

2 Juego de palabras con el sustantivo *silver*, plata, pronunciado como Silva.

VICARRO: ¿No?

FLORA: Cacareaban y alborotaban y aleteaban en la percha del gallinero... ¡Estaba como locas! Yo tampoco pude dormir. Me pasé toda la noche ahí tumbada y sudando.

VICARRO: ¿Por el incendio?

FLORA: Y el calor, y los mosquitos. Y, además, estaba furiosa con Jake.

VICARRO: ¿Furiosa con el señor Meighan? ¿Por qué?

FLORA: ¡Oh!, se fue y me dejó aquí en el porche sin una Coca-Cola en la casa.

VICARRO: Se fue y la dejó, ¿verdad?

FLORA: Sí. Inmediatamente después de cenar. Y cuando volvió ya había empezado el incendio; y en lugar de coger el coche e ir a la ciudad, como él había dicho, decidió ir a echar una ojeada a su desmotadora quemada. Me entró humo en los ojos, en la nariz y en la garganta. Me irritó la nariz, estaba tan nerviosa y tan rendida que me puse a llorar. Lloré como una niña. Suficiente para dormir a un elefante. ¡Pero seguí despierta y oyendo a las gallinas enloquecidas allá afuera!

VICARRO: ¡Parece que pasó usted una mala noche!

FLORA: ¿Parece? Fue una noche horrible.

VICARRO: Así que ¿dice usted que el señor Meighan desapareció después de cenar?

*(Hay una pausa en la que Flora le mira inexpresivamente)*

FLORA: ¿Eh?

VICARRO: ¿Dice usted que el señor Meighan estuvo un rato fuera de casa después de la cena?

*(El tono de Vicarro le hace ver a Flora su indiscreción)*

FLORA: Oh, em..., sólo un momento.

VICARRO: ¿Sólo un momento, eh? ¿Cuánto duró ese momento?

*(La mira fijamente)*

FLORA: ¿A qué viene tanta pregunta, señor Vicarro?

VICARRO: ¿A qué viene? A nada.

FLORA: Me mira usted de un modo tan extraño.

VICARRO: ¡Desapareció por un momento! ¿Es eso lo que hizo? ¿Cómo de largo fue ese momento? ¿Puede usted recordarlo, señora Meighan?

FLORA: ¿Y qué importancia tiene? De todos modos, a usted ni le va ni le viene.

VICARRO: ¿Por qué le molestan mis preguntas?

FLORA: ¡Usted hace que parezca como si me estuvieran juzgando por haber hecho algo!

VICARRO: ¿No le gusta hacer el papel de testigo?

FLORA: ¿Testigo de qué, señor Vicarro?

VICARRO: Pues..., por ejemplo..., ¡un incendio provocado!

FLORA *(Humedeciéndose los labios)*: ¿Un... incendio... provocado?

VICARRO: ¡Sí, la destrucción deliberada de un bien mediante el fuego!

*(Azota sus botas con la fusta)*

FLORA *(Sobrecogida)*: ¡Oh! *(Manosea nerviosamente el bolsillo.)* Vamos, no me salga usted ahora con... ideas raras.

VICARRO: ¿Ideas sobre qué, señora Meighan?

FLORA: Sobre la desaparición de mi marido... después de cenar. Puedo explicarla.

VICARRO: ¿De veras?

FLORA: Claro que sí.

VICARRO: Muy bien. ¿Cómo la explica? *(La mira de hito en hito. Ella baja la vista)* ¿Qué pasa? ¿No puede usted concentrarse, señora Meighan?

FLORA: No, pero...

VICARRO: ¿Se le ha borrado de la memoria?

FLORA: Oiga, yo...

*(Se retuerce en el balancín sin saber por dónde salir)*

VICARRO: Le es imposible recordar por qué desapareció su marido después de la cena. No puede usted imaginar qué clase de diligencia fue a hacer, ¿verdad?

FLORA: ¡No! ¡No, no puedo!

VICARRO: Pero cuando volvió..., veamos..., ¿acababa de declararse el incendio en la plantación del Sindicato?

FLORA: Señor Vicarro, no tengo la menor idea de adónde quiere usted ir a parar.

VICARRO: Es usted un testigo muy deficiente, señora Meighan.

FLORA: No puedo pensar cuando alguien me mira fijamente.

VICARRO: Muy bien. Entonces miraré hacia otro lado. *(Le vuelve la espalda.)* ¿Se le refresca así la memoria? ¿Puede usted concentrarse en la cuestión?

FLORA: ¡Hum...!

VICARRO: ¿No? ¿No puede? *(Se da la vuelta con una sonrisa maligna.)* Bueno... ¿Lo dejamos?

FLORA: No deseo otra cosa.

VICARRO: No sirve de nada llorar por una desmotivadora quemada. Este mundo está montado sobre el principio de que donde las dan las toman.

FLORA: ¿Qué quiere usted decir?

VICARRO: Nada en particular. ¿Le importa que...?

FLORA: ¿Qué?

VICARRO: ¿Quiere usted correrse un poco y hacerme sitio? *(Flora se corre hacia un lado y él se sienta junto a ella.)* Me gustan los balancines. Siempre me ha gustado sentarme y mecarme en un balancín. Relaja mucho... ¿Usted está relajada?

FLORA: Claro.

VICARRO: No, no lo está. Tiene usted los nervios de punta.

FLORA: Bueno, usted me pone un poco nerviosa. Todas esas preguntas que me hizo sobre el incendio.

VICARRO: No le hice ninguna pregunta sobre el incendio. Sólo le pregunté por qué salió su marido de casa después de cenar.

FLORA: Yo se lo expliqué.

VICARRO: Claro. Es verdad. Me lo explicó. La política de buena vecindad. Fue muy fina la observación que hizo su marido acerca de la política de buena vecindad. Ahora comprendo el significado que le da.

FLORA: Pensaba en el discurso del Presidente Roosevelt. Estuvimos sentados escuchándolo una noche, la semana pasada.

VICARRO: No, yo creo que se refería a algo más próximo, señora Meighan. Usted me hace un favor y yo le hago otro, eso es lo que dijo. Tiene usted una mota de algodón en la cara. Quédese quieta un momento..., yo se la quitaré *(Le quita con delicadeza la pelusa.)* Ya está.

FLORA *(Nerviosa)*: Gracias.

VICARRO: Hay muchas pelusas de algodón flotando en el aire.

FLORA: Lo sé muy bien. Me irritan la nariz. Creo que suben hasta los senos.

VICARRO: Es usted una mujer delicada.

FLORA: ¿Delicada? ¿Yo? ¡Oh, no, soy demasiado grande!

VICARRO: Su tamaño es parte de su delicadeza, señora Meighan.

FLORA: ¿Qué quiere usted decir?

VICARRO: Tiene usted un cuerpo grande, pero todas sus partículas son delicadas. Exquisitas. Deliciosas, diría yo.

FLORA: ¿Eh?

VICARRO: Quiero decir que carece usted por completo de toda... rudeza. Es usted suave. Fina. Y tierna.

FLORA: Nuestra conversación está tomando un giro personal.

VICARRO: Sí. Me hace usted pensar en el algodón.

FLORA: ¿Eh?

VICARRO: ¡Algodón!

FLORA: ¡Vaya! ¿Debo darle las gracias?

VICARRO: No, sonría solamente, señora Meighan. Tiene usted una atractiva sonrisa. ¡Hoyuelos!

FLORA: No...

VICARRO: ¡Sí, es cierto! ¡Sonría, señora Meighan! ¡Vamos, sonría! (*Flora aparta la cara, sonriendo sin poder evitarlo.*)  
Eso es. ¿Lo ve? ¡Los tiene!  
(*Le toca con delicadeza uno de los hoyuelos*)  
FLORA: Por favor, no me toque. No me gusta que me toquen.  
VICARRO: ¿Entonces por qué se ríe?  
FLORA: No puedo evitarlo. Me hace usted sentirme un poco histérica, señor Vicarro. Señor Vicarro...  
VICARRO: ¿Sí?  
FLORA: Supongo que no cree usted que Jake estuviese mezclado en ese incendio. Le juro que no salió del porche. Lo recuerdo perfectamente ahora. Estuvimos sentados aquí en el balancín hasta que se inició el fuego y después fuimos a la ciudad.  
VICARRO: ¿A celebrarlo?  
FLORA: No, no, no.  
VICARRO: Veintisiete vagones de algodón es un buen negocio para que le caiga en la falda como un regalo de los dioses, señora Meighan.  
FLORA: Creí que había dicho usted que íbamos a abandonar el tema.  
VICARRO: Esta vez lo sacó usted.  
FLORA: Por favor, no trate de confundirme de nuevo. Le juro que el incendio ya había comenzado cuando él volvió.  
VICARRO: No es eso lo que me dijo usted hace un momento.  
FLORA: Lo entendió usted todo al revés. Fuimos a la ciudad. El incendio estalló y nosotros no lo sabíamos.  
VICARRO: Creo que dijo usted que se le irritó la nariz del humo.  
FLORA: ¡Oh, Dios mío! Me hace usted decir lo que quiere. Será mejor que haga un poco de limonada.  
VICARRO: No se moleste.  
FLORA: Iré a hacerla en seguida, pero en este momento me siento demasiado débil para ponerme de pie. No sé por qué,

pero apenas puedo mantener abiertos los ojos. Se me cierran...  
Creo que es demasiado para dos personas en un balancín. ¿Me hará usted el favor de sentarse de nuevo allí?  
VICARRO: ¿Por qué quiere usted que me levante?  
FLORA: Hace demasiado calor para estar aquí los dos sentados.  
VICARRO: Un cuerpo sólo puede dar fresco a otro.  
FLORA: Yo siempre oí decir que los cuerpos dan calor.  
VICARRO: No en este caso. Mi cuerpo está fresco.  
FLORA: No me lo parece.  
VICARRO: Estoy tan fresco como un pepino. Si no me cree, tóqueme.  
FLORA: ¿Dónde?  
VICARRO: Donde quiera.  
FLORA (*Levantándose con gran esfuerzo*): Perdóneme. Tengo que entrar. (*Él la sienta de nuevo.*) ¿Por qué hace usted eso?  
VICARRO: No quiero verme privado tan pronto de su compañía.  
FLORA: Señor Vicarro, me trata usted con mucha familiaridad.  
VICARRO: ¿No le gusta jugar y divertirse?  
FLORA: Esto no es divertido.  
VICARRO: Entonces, ¿por qué se ríe?  
FLORA: ¡Tengo cosquillas! Deje de fustigarme, por favor.  
VICARRO: No hago más que espantar las moscas.  
FLORA: Pues déjelas tranquilas, por favor. No hacen daño a nadie.  
VICARRO: Creo que a usted le gusta que la azoten.  
FLORA: No es verdad. Le agradecería que se estuviese quieto.  
VICARRO: Le gustaría que la azotasen más fuerte.  
FLORA: No, no me gustaría.  
VICARRO: Esa señal azulada de su muñeca...  
FLORA: ¿Qué le pasa?  
VICARRO: Tengo una sospecha.  
FLORA: ¿De qué?

VICARRO: Se la han retorcido. Su marido se la retorció.  
FLORA: Está usted loco.  
VICARRO: Sí, se la ha retorcido. Y a usted le gustó.  
FLORA: Nada de eso. ¿No le importaría separar el brazo?  
VICARRO: No sea tan asustadiza.  
FLORA: Muy bien. Entonces me levantaré.  
VICARRO: Vamos.  
FLORA: Me siento tan débil...  
VICARRO: ¿Mareada?  
FLORA: Un poquito. Me da vueltas la cabeza. Quisiera que parase usted el balancín.  
VICARRO: A penas se mueve.  
FLORA: Aún así es demasiado.  
VICARRO: Es usted una mujer delicada. Una mujer muy grande también.  
FLORA: Así es América. Grande.  
VICARRO: Qué observación tan curiosa.  
FLORA: Sí. No sé por qué la hice. Me zumba tanto la cabeza...  
VICARRO: ¿Le molesta la pelusa?  
FLORA: La pelusa y... este zumbido... ¿Tengo algo en el brazo?  
VICARRO: No.  
FLORA: ¿Entonces qué está usted limpiando?  
VICARRO: El sudor.  
FLORA: Déjelo estar.  
VICARRO: Déjeme enjugárselo.  
*(Le limpia el brazo con un pañuelo)*  
FLORA *(Riendo débilmente)*: No, por favor, no lo haga. Siento una sensación rara.  
VICARRO: ¿Qué siente?  
FLORA: Me hace cosquillas. De arriba a abajo. Basta ya. Si no me deja en paz voy a llamar.  
VICARRO: ¿Llamar a quién?  
FLORA: Llamaré a aquel negro. Al negro que está cortando

hierba al otro lado de la carretera.  
VICARRO: Vamos. Llámelo, pues.  
FLORA *(Débilmente)*: ¡Eh! ¡Eh, muchacho!  
VICARRO: ¿No puede usted levantar más la voz?  
FLORA: Siento una sensación tan rara. ¿Qué me pasa?  
VICARRO: Se siente usted relajada. Es usted grande. Un tipo de mujer grande. Me gusta. No se excite tanto.  
FLORA: Yo no estoy excitada, pero usted...  
VICARRO: ¿Yo, qué?  
FLORA: Sospecha. De mi marido. Y piensa cosas raras de mí.  
VICARRO: ¿Como por ejemplo?  
FLORA: Sospecha que él quemó su desmotadora. Y no es cierto. Y yo no soy ningún pedazo de algodón. *(Reuniendo todas sus fuerzas.)* Voy adentro.  
VICARRO *(Levantándose)*: Creo que es una buena idea.  
FLORA: Dije que iba adentro yo, no usted.  
VICARRO: ¿Por qué yo no?  
FLORA: Podríamos estar demasiado apiñados si entramos los dos.  
VICARRO: Tres es multitud, pero nosotros somos dos.  
FLORA: Usted se queda fuera. Espere aquí.  
VICARRO: ¿Qué va usted a hacer?  
FLORA: Voy a hacer una jarra de limonada fría.  
VICARRO: Muy bien. Entre.  
FLORA: ¿Y usted qué va a hacer?  
VICARRO: Yo entraré detrás de usted.  
FLORA: Eso es lo que me figuraba que pretendía usted hacer. Nos quedamos los dos aquí.  
VICARRO: ¿Al sol?  
FLORA: Nos sentaremos ahí a la sombra. *(Él se le pone delante.)* No me cierre usted el paso.  
VICARRO: Usted me lo cierra a mí.  
FLORA: Estoy mareada.  
VICARRO: Debería usted echarse.

FLORA: ¿Cómo voy a echarme?  
VICARRO: Entre.  
FLORA: Entraría usted detrás de mí.  
VICARRO: Y si lo hiciera, ¿qué?  
FLORA: Tengo miedo.  
VICARRO: Está usted empezando a gritar.  
FLORA: ¡Tengo miedo!  
VICARRO: ¿De qué?  
FLORA: De usted.  
VICARRO: Yo soy inofensivo.  
FLORA: Estoy mareada. Se me doblan las rodillas como si  
estuvieran llenas de agua. Tengo que sentarme.  
VICARRO: Entre.  
FLORA: No puedo.  
VICARRO: ¿Por qué no?  
FLORA: Usted me seguirá.  
VICARRO: ¿Y eso sería tan espantoso?  
FLORA: Tiene usted en los ojos una mirada maligna y no me  
gusta el látigo. Con toda sinceridad le aseguro que él no fue.  
¡Él no lo hizo, se lo juro!  
VICARRO: ¿No hizo qué?  
FLORA: El incendio...  
VICARRO: Vamos.  
FLORA: ¡Por favor, no!  
VICARRO: ¿No, qué?  
FLORA: Déjelo. El látigo, por favor, suéltelo. Déjelo aquí  
fuera, en el porche.  
VICARRO: ¿Qué es lo que le asusta?  
FLORA: Usted.  
VICARRO: Vamos.  
*(Ella se vuelve sin fuerzas y se dirige a la puerta. La abre del  
todo)*  
FLORA: No entre. Por favor, no entre.  
*(Se tambalea, insegura. Él la empuja con la mano. Ella entra.)*

*Él la sigue. Se cierra la puerta sin ruido. La desmotadora  
sigue funcionando con su ritmo lento y uniforme al otro lado  
de la carretera. Del interior de la casa brota un grito salvaje  
y desesperado. Se cierra de golpe una puerta. Se repite el  
grito más débilmente)*

Telón

## Escena tercera

(Alrededor de las nueve de la noche del mismo día. Aunque detrás de la casa el cielo ofrece un tono crepuscular rosado, una luna llena de septiembre de intensidad casi deslumbradora da a la fachada de la casa un brillo fantasmal. Los perros ladran como demonios a través de los llanos campos del Delta.

El porche de la casa de los Meighan está vacío. Pasado un momento se abre lentamente la puerta de tela metálica y aparece poco a poco Flora Meighan. Su aspecto es desolador. A la luz de la luna sus ojos tienen una limpidez inexpresiva, sus labios se entreabren ligeramente. Avanza con las manos extendidas, a tientas, hasta que llega a una de las columnas del porche, donde se detiene y permanece en pie quejándose un poco. Lleva el cabello suelto y en desorden. De la cintura para arriba va desnuda, exceptuando una banda color rosa rasgada que rodea su pecho. En sus hombros y brazos desnudos son visibles unas rayas oscuras, y a lo largo de una mejilla una mancha. Un hilillo oscuro, ya seco, desciende desde la comisura de la boca. Estas señales más aparentes se las cubre con una mano cuando sube Jake al porche. Ahora se le oye acercarse canturreando.)

JAKE: A la luz – a la luz – a la luz – de la luna plateada. *(Instintivamente Flora se refugia en la zona de sombra que marca el tejado del porche. Jake está demasiado cansado y se siente demasiado triunfante para reparar en su aspecto.)* ¿Cómo está mi niña? *(Flora emite un sonido quejumbroso.)* ¿Cansada? ¿Demasiado cansada para hablar? Pues así estoy yo. Demasiado cansado para hablar. Demasiado cansado para decir una puñetera palabra. *(Se deja caer en los escalones, con un gemido y casi sin mirar a Flora.)* Veintisiete vagones de algodón. Eso es lo que he desmotado desde las diez de la mañana. Una faena de hombres.

FLORA *(Con voz ronca)*: Ajá... Una faena... de hombres...

JAKE: Veintisiete vagones de algodón.

FLORA *(Repitiendo inconscientemente)*: Veintisiete vagones de algodón.

*(Ladra un perro. Flora suelta un risa ahogada)*

JAKE: ¿De qué te ríes, cariño? Supongo que no de mí.

FLORA: No...

JAKE: Menos mal. El trabajo que acabo de echar fuera no es cosa de risa. Arreé a esa cuadrilla de negros como un carretero. No tienen cerebro en su cuerpo. Sólo tienen cuerpos. Hay que arrearles, arrearles, arrearles. No comprendo siquiera cómo comen los negros sin que alguien les diga que se lleven la comida a la boca. *(Ella se ríe de nuevo, como si se le derramase agua de la boca.)* ¡Eh! Tienes una risa de... Demonio. He acabado un faena formidable.

FLORA *(Lentamente)*: Yo no me jactaría de ello...

JAKE: No estoy jactándome de ello, no hago más que decir que he hecho una buena faena, estoy rendido y quisiera un poco de aprecio y no palabras displicentes. Cariño...

FLORA: Yo no... *(Ríe otra vez.)* estoy diciendo palabras displicentes.

JAKE: Encargarse de un trabajo considerable, y acabarlo, y

decir que está acabado, yo no llamaría a eso jactarse.  
FLORA: No eres tú el único que ha tenido faena.  
JAKE: ¿Quién más que tú sepas?  
(Pausa)  
FLORA: Quizá crees que yo me lo pasé muy bien.  
(La risa se le derrama otra vez)  
JAKE: Te ríes como si tuvieses una buena trompa. (Flora se ríe) ¿Con qué te emborrachaste? ¿Con veneno de las cucarachas o con colonia contra los mosquitos? Creo que te hago la vida bastante fácil, trabajando como un carretero para que tú puedas pagar a un negro que lave y haga el trabajo de la casa. ¡Una mujer como un elefante que es tan frágil como un minino, ésa es la mujer que tengo yo!  
FLORA: Claro... (Ríe.) ¡Me la haces fácil!  
JAKE: Todavía no te he visto levantar un dedo. Eres hasta demasiado vaga para vestirme. Siempre danzando por la casa medio desnuda. Vives en las nubes. En lo único que piensas es en decir: «Dame un Coca-Cola.» Bueno, ándate con cuidado cuidado. El Gobierno ha creado un nuevo departamento. Lo llaman M. I. Quiere decir Mujeres Inútiles. Están ya en marcha planes secretos para eliminarlas.  
(Se ríe de su broma)  
FLORA: ¿Planes secretos en marcha?  
JAKE: Para eliminarlas.  
FLORA: Eso está bien. Me alegro de saberlo.  
(Se ríe de nuevo)  
JAKE: Vuelvo a casa cansado y no puedes esperar para regañarme. ¿Por qué estás enfadada ahora?  
FLORA: Creo que fue un error.  
JAKE: ¿Qué fue un error?  
FLORA: Meter las manos en la plantación del Sindicato...  
JAKE: No estoy muy seguro. Teníamos una mala racha. El Sindicato comprando todas las tierras de por aquí y dejando a los antiguos cultivadores sin sus salarios... Han arruinado a

casi todos los establecimientos mercantiles de Two Rivers County. Y después montan su propia desmotadora para desmotar su propio algodón. Por algún tiempo pareció como si fuera a quedarme en la miseria. Pero cuando se quemó la desmotadora y el señor Vicarro decidió que era preferible hacer un pequeño negocio conmigo... ¡yo diría que la situación mejoró mucho!  
FLORA (Ríe débilmente): Entonces puede que tú no entiendas la política de buena vecindad.  
JAKE: ¿Que no la entiendo? ¡Pero si soy yo quien la inventó!  
FLORA: ¡Vaya! ¡Qué invento! Lo único que puedo decirte es... que espero que estés satisfecho ahora que has desmotado veintisiete vagones de algodón.  
JAKE: Vicarro estaba muy contento cuando se fue.  
FLORA: Sí. Estaba muy contento.  
JAKE: ¿Qué tal lo pasasteis?  
FLORA: Lo pasamos bien. Estupendamente.  
JAKE: No parece mal muchacho. Adopta una actitud inteligente.  
FLORA (Riendo sin poder contenerse): Y tanto que sí.  
JAKE: ¿Supongo que le harías los honores de la casa?  
FLORA (Con una risita): ¡Le hice una jarra de limonada fría!  
JAKE: Con un poco de ginebra, ¿eh? Así es como la cogiste. Una bebida fría no estaría mal ahora. ¿Quedó algo?  
FLORA: Ni un sorbo, señor Meighan. Nos la bebimos entera.  
(Se deja caer en el balancín)  
JAKE: ¿Así que no te aburraste tanto, después de todo?  
FLORA: No. No me aburrí ni pizca. Tuve una agradable conversación con el señor Vicarro...  
JAKE: ¿De qué hablasteis?  
FLORA: De la política de buena vecindad.  
JAKE (Riendo entre dientes): ¿Qué piensa él de la política de buena vecindad?  
FLORA: ¡Oh! (Risita.) Cree que es... una buena idea. Dice...

JAKE: ¿Eh? *(Flora ríe débilmente)* ¿Qué dice?

FLORA: Dice...

*(Se ahoga de risa otra vez)*

JAKE: Sea lo que fuere, debe ser muy divertido.

FLORA: Dice *(Controlándose)* que no cree que vuelva a montar otra desmotadora. ¡Te va a encargar a ti que le desmotes todo el algodón que tenga!

JAKE: Ya te dije que había adoptado una postura muy inteligente.

FLORA: Sí. Mañana piensa volver... con mucho más algodón. Quizá otros veintisiete vagones.

JAKE: ¿Sí?

FLORA: ¡Y mientras tú haces el trabajo yo le atenderé y le serviré limonada!

*(Tiene otro ataque de risa)*

JAKE: Cuanto más hables de esa limonada más me apetece. Una combinación de limonada, ¿eh? ¿Un Tom Collins?

FLORA: Creo que va a seguir viniendo el resto del verano...

JAKE *(Levantándose y despezándose feliz)*: Bueno..., pronto, ya pronto vendrá el otoño. Vendrán noches más frescas.

FLORA: No creo que eso... lo impida..., aunque...

JAKE *(Abstraído)*: Ya es más fresco el aire. No deberías estar aquí sin la blusa, nena. Si cambia el aire puedes atrapar un buen resfriado.

FLORA: No soporto nada encima de la piel.

JAKE: No es el calor el que te produce todas esas ronchas, es el exceso de bebida. Ronchas como los borrachos y nariz de borracho, eso es lo que tienes. Voy a entrar al baño. Cuando salga *(Abre la puerta de tela metálica y entra)* iremos en coche a la ciudad y veremos qué dan en el cine. Corre y métete en el coche.

*(Flora ríe para sí. Abre despacio el bolsillo de cabritilla y saca un paquete de kleenex. Se toca suavemente aquí y allá, muriéndose de risa)*

FLORA *(Se levanta agarrándose a la cadena del balancín)*: No soy una... nena: ¡Mamá! ¡Mamá! Eso es lo que soy...

*(Acunando al bolsillo en sus brazos avanza despacio y con ternura hasta el borde de las escalera. La luna ilumina plenamente su cara sonriente y estropeada. Ella comienza a mecerse y a inclinarse suavemente, acunando al bolsillo en sus brazos y canturreando)*

¡Duerme, niño, duerme, – en lo alto del árbol!

¡Si el viento sopla, – la cuna se mecerá!

*(Baja un escalón)*

¡Abajo se vendrá el niño, con cuna y todo!

*(Ríe y mira extasiada e inexpresivamente a la luna)*

Telón